



EN EL CORAZÓN DEL BOSQUE

JEAN HEGLAND

TRADUCCIÓN DE R. M. BASSOLS



errata naturae

*A Douglas Fisher y Garth Leonard Fisher,
y en memoria de Leonard Hegland*

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2020

TÍTULO ORIGINAL: *Into the Forest*

© Jean Hegland, 1996

Esta edición se ha publicado gracias a un acuerdo con Wales Literary Agency, Inc.,
por mediación de International Editors' Co. Barcelona.

Edición original de Calyx Press.

© de la traducción, R. M. Bassols, 2020

© Errata naturae editores, 2020

C/ Alameda 16, bajo A

28014 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-51-2

DEPÓSITO LEGAL: M-4032-2020

CÓDIGO IBIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: Tom Haugomat

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Es extraño escribir estas primeras palabras, como si me inclinase hacia la musgosa quietud de un pozo y viera mi cara mirando hacia arriba desde el agua, tan pequeña y desde un ángulo tan poco familiar que me sorprende comprobar que el reflejo es el mío. Después de todo este tiempo siento la pluma rígida y torpe en mi mano. Y tengo que admitir que este cuaderno, con su infinidad de páginas en blanco, parece casi más una amenaza que un regalo, pues... ¿sobre qué puedo escribir aquí que no duela recordar?

«Podrías escribir sobre este tiempo», dijo Eva. Esta mañana estaba tan segura de que utilizaría el cuaderno para estudiar que tuve que esforzarme para no reírme de su sugerencia. Pero ahora comprendo que quizá tenía razón. Cada tema en el que pienso —desde la economía hasta la meteorología, desde la anatomía hasta la

geografía o la historia— parece dar vueltas sobre sí mismo, conducirme de forma inevitable otra vez al ahora, al aquí, al hoy.

Hoy es Navidad. No hay duda. Hemos ido tachando los días del calendario con demasiado cuidado como para equivocarnos sobre la fecha, por más que hubiéramos deseado hacerlo. Hoy es Navidad, y Navidad es un día más que vivir, un día más que soportar para que, en un tiempo no muy lejano, esta época quede atrás.

La próxima Navidad esto habrá terminado, y mi hermana y yo habremos recuperado la vida que pensábamos vivir. La electricidad volverá, los teléfonos funcionarán otra vez. Los aviones volarán de nuevo sobre nuestro claro del bosque. En la ciudad habrá comida en las tiendas y gasolina en las estaciones de servicio. Mucho antes de que llegue la próxima Navidad nos habremos permitido todo lo que ahora nos falta y ansiamos: jabón y champú, papel higiénico y leche, fruta fresca y carne. Mi ordenador funcionará y el reproductor de CD de Eva también. Escucharemos la radio, veremos vídeos, leeremos el periódico. Los bancos, las escuelas y las bibliotecas volverán a abrir, y Eva y yo habremos abandonado esta casa donde ahora vivimos como huérfanas supervivientes de un naufragio. Ella bailará con el Ballet de San Francisco, yo habré terminado mi primer semestre en Harvard, y este húmedo y oscuro día que el calendario ha insistido en que llamemos Navidad quedará lejos, muy lejos.

«Felices semipaganas, ligeramente literarias y muy comerciales Navidades», anunciaba siempre nuestro padre

la mañana de Navidad cuando, mucho antes del invernol amanecer, Eva y yo nos reuníamos en el pasillo delante del dormitorio de nuestros padres. Expectantes, nerviosas, les suplicábamos que se levantaran, bajaran al comedor, se apresuraran, mientras ellos bostezaban, insistían en ponerse la bata y el batín, en lavarse la cara y cepillarse los dientes, incluso —si nuestro padre decidía ser particularmente exasperante— en hacer café.

Después de la confusión y las risas al abrir los regalos, venía la comida del mediodía, las llamadas telefónicas de parientes lejanos y el *Mesías* de Händel brotando de manera triunfal de la minicadena. Por la tarde los cuatro íbamos a dar un paseo por la carretera que terminaba en nuestro claro del bosque. El fuerte aire y el verde invernol aclaraban nuestros sentidos, y para cuando llegábamos al puente y nos disponíamos a regresar, nuestro padre inevitablemente anunciaba: «Éste es el verdadero regalo de Navidad, por Dios... paz, silencio y aire limpio. Ni un solo vecino en siete kilómetros a la redonda, y ninguna ciudad en cincuenta. ¡Gracias a Buda, a Shiva, a Jehová y al Departamento Forestal de California, vivimos al final de la carretera!».

Más tarde, cuando la noche había caído y la casa estaba oscura, excepto por el brillo de las bombillas del árbol de Navidad, mamá encendía las velas del carrusel y nos quedábamos un momento en silencio de pie, todos juntos, observando a los pastores, a los magos y a los ángeles dando vueltas alrededor de la pequeña Sagrada Familia.

«Sí —decía nuestro padre antes de que nos fuéramos a zampar el muslo de pavo y el pudin frío de ciruela—, ésta es la historia. Podría ser mejor y podría ser peor. Pero al menos hay un bebé en el centro».

Esta Navidad no hay nada de eso.

Esta Navidad no hay ni luces ni felicitaciones. No hay montones de regalos, ni llamadas telefónicas de larga distancia de tías, abuelas y primos segundos, ni villancicos. Ni pavo, ni pudin de ciruela, ni paseo hasta el puente con nuestros padres, ni el *Mesías*. Este año, la Navidad no es más que otra casilla blanca en un calendario que casi ha terminado, una taza extra de té, un poco más de tiempo con las velas encendidas, y, para cada una de nosotras, un único regalo.

¿Por qué molestarse?

Hace tres años —cuando yo tenía catorce y Eva quince— hice esa misma pregunta una noche lluviosa, una semana antes de Navidad. Papá estaba gruñendo a causa de todas las felicitaciones que le quedaban por escribir, y mamá se escondía en su taller con su martilleante telar, asomando de vez en cuando para sacar otra hornada de galletas y recordarme que fregara los boles.

—Nell, necesito que estén listos esos boles para empezar a hacer el pudin antes de irme a la cama —dijo mientras cerraba la puerta del horno con la última bandeja de galletas en las manos.

—De acuerdo —murmuré, volviendo la página del libro en que estaba concentrada.

—Esta noche, Nell —insistió ella.

—¿Qué necesidad tenemos de hacer esto? —pregunté, levantando con irritación la vista del libro.

—Están sucios —respondió ella, haciendo una pausa para ofrecermé una galleta de jengibre antes de retirarse de nuevo a los misterios de su labor.

—No me refiero a los boles —gruñí.

—¿A qué entonces, Calabaza? —preguntó mi padre mientras cerraba otro sobre y tachaba un nombre más de su lista.

—A la Navidad. Todo este alboroto y este lío, y ni siquiera somos realmente cristianos.

—¡Caray, y tanto que no lo somos! —dijo papá, soltando la pluma y levantándose de un brinco de la mesa que estaba junto a la ventana, estimulado ya por la energía de sus propias palabras—. No somos cristianos, somos capitalistas —prosiguió—. Todo el mundo en este condenado país de locos es capitalista, le guste o no. Todo el mundo en este país es uno de los más voraces consumidores del mundo, y utiliza recursos en una proporción veinte veces mayor que cualquier otro en cualquier lugar de este pauperizado planeta. Y la Navidad es nuestra oportunidad de oro de recuperar el ritmo de la mayoría.

Cuando vio que yo volvía a mi libro, añadió:

—¿Por qué estamos celebrando la Navidad, me preguntas? No tengo ni idea. Te diré lo que vamos a hacer... Abandonaremos. Tiraremos la toalla. Mañana iré con el coche a devolver los regalos. Echaremos las galletas a las gallinas y escribiremos a nuestros amigos y parientes para contarles que hemos renunciado para siempre

a la Navidad. Aunque será una pena perderme las vacaciones... —continuó con fingida tristeza—. Ya lo tengo. —Chasqueó los dedos, y se agachó como si una idea acabara de golpearle en la parte trasera de la cabeza—. Reemplazaremos las vigas del sótano. Olvida esos boles, Nell, y búscame los puntales.

Le miré, airada, odiándole durante medio segundo por la manera tan aparentemente fácil con que había despreciado mis malintencionadas observaciones y mi mal humor. Me dirigí cabreada a la cocina, agarré un puñado de galletas y subí a encerrarme en mi cuarto con el libro.

Más tarde pude oírle en la cocina, lavando los boles y cantando a voz en cuello:

*Nosotros, los tres reyes del alquitrán oriental,
intentamos fumar un cigarro de pega
que estaba cargado de infame amonal,
y acabamos allá donde la estrella congrega.*

Al año siguiente, ni siquiera yo me atreví a cuestionar la Navidad. Mamá estaba enferma y nos aferrábamos a todo lo que fuera alegre, y dulce y cálido, como si pensáramos que, ignorando las sombras, éstas se desvanecerían bajo el brillo de la esperanza. Pero la primavera siguiente el cáncer se la llevó, y la pasada Navidad Eva y yo hicimos todo lo que pudimos para cocinar, envolver los regalos y cantar, en un frenético esfuerzo para convencer a nuestro padre —y a nosotras mismas— de que podíamos ser felices sin ella.

Aquella última Navidad yo pensaba que éramos desgraciados. Pensaba que éramos desgraciados porque nuestra madre había muerto y nuestro padre se había vuelto distante y silencioso. Pero todavía teníamos luces en el árbol y un pavo en el horno. Eva era Clara en la representación del *Cascanueces* interpretada por el Ballet de Redwood, y yo acababa de recibir los resultados de mis tests de Aptitud Escolar, que eran lo bastante buenos —si pasaba con éxito las pruebas de acceso— para acompañar a la carta que estaba redactando para el Comité de Admisiones de Harvard.

Sin embargo, a lo largo de este año todo eso ha desaparecido o está en suspenso. Este año, Eva y yo hacemos una pequeña fiesta sólo porque es menos doloroso admitir que hoy es Navidad que pretender que no lo es.

Es difícil hacerse con un regalo para alguien cuando no hay ninguna tienda donde comprarlo, cuando hay muy poca intimidad para poder fabricarlo, cuando todo lo que posees, cada judía y cada grano de arroz, cada cuchara, pluma y sujetapapeles, es propiedad también de la persona a la que quieres hacer el regalo.

Le regalé a Eva un par de sus propias zapatillas de baile. Hace dos semanas le quité furtivamente el último par estropeado que le quedaba en el armario de su estudio, y me dediqué a arreglarlas lo mejor que supe, trabajando en ellas en secreto mientras Eva hacía sus ejercicios. Con las últimas gotas del quitamanchas de nuestra madre limpié el raso andrajoso. Volví a coser las suelas de cuero con hilo de nailon de la caja de trastos de nuestro

padre. Empapé la piel machacada de las zapatillas en una mezcla de agua y cola de madera, procuré que recuperaran su forma, las escondí detrás de la cocina para que se secaran, y luego volví a empaparlas y a darles forma una y otra vez. Después arreglé las partes desgastadas de las punteras, de manera que pudiera usarlas unas horas más bailando sobre mi red de zurcidos.

Se quedó boquiabierta cuando abrió la caja y las vio.

—No sé si servirán de algo —dije—. Probablemente son demasiado blandas. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

Con todo, mientras yo seguía excusándome, ella me rodeó con sus brazos. Permanecimos así durante un largo segundo, y luego las dos saltamos hacia atrás. En este tiempo, nuestro cuerpo contiene nuestras penas como si fuera un tazón a punto de rebosar. Debemos andar siempre con cuidado: ante la más ligera sacudida o cambio inesperado, el agua empieza a derramarse, incontenible.

El regalo de Eva fue este cuaderno.

—No es un ordenador —dijo, mientras yo lo sacaba de su arrugado papel de envolver, reciclado de algún cumpleaños y aún no sacrificado para encender el fuego—. Pero está en blanco, todas las páginas.

—¡Papel en blanco! —exclamé, maravillada—. ¿Dónde diablos lo has conseguido?

—Lo encontré detrás de mi tocador. Debió de caerse hace dos o tres años. Pensé que tal vez podrías usarlo para escribir sobre este tiempo. Para nuestros nietos, o lo que sea.

Ahora mismo, eso de los nietos parece algo aún más improbable que encontrar alienígenas en Marte, y tengo que admitir que cuando levanté por primera vez la tapa de cartón manchada y pasé aquellas páginas, ligeramente mohosas y blancas excepto por la pauta de líneas, estaba pensando más en estudiar para la selectividad que en hacer una crónica de lo que está ocurriendo. Y, sin embargo, es agradable escribir. Echo de menos el rápido *clic* de mis teclas de ordenador y el brillo de la pantalla, pero esta noche la pluma parece ligera en mi mano, y las líneas que guían estas palabras por la página parecen más la urdimbre del telar de mi madre y menos los barrotes que me había imaginado que eran. Creo que veo lo que hay que decir.

Lo que realmente deseaba regalarle a Eva era gasolina. Sólo un poco de gasolina... la suficiente para que el generador funcionara y pudiera poner siquiera un disco, pudiera dejar que la música penetrara en ella hasta los huesos; sólo unos cuantos litros de gasolina para ofrecerle un baile que no estuviera acompañado tan sólo del ruido sordo de sus zapatillas, del crujido de sus articulaciones y del áspero tictac del metrónomo.

Pero ya no queda gasolina. Cuando regresamos de la ciudad por última vez, la aguja implacable del indicador de la camioneta señalaba el vacío absoluto del depósito.